

¡Venga KADABRA

Fiesta a medianoche

DESTINO



¡Eh, no mires aún, que me estoy cambiando!

Espera un segundo. Bueno, mejor dos. ¡Ay, tres! No cierres el libro, que casi he acabado...

Vale, ya puedes seguir leyendo.

Es que me estaba quitando mi disfraz de Halloween. Ahora solo me queda guardarlo con llave en un cajón. Y luego lanzar la llave al monstruo del pantano para que se la coma.

¡No quiero volver a ver ese disfraz en mi vida!
Y voy a contarte por qué.

Todo comenzó una negra noche de tormenta, cuando volvía a casa con mis padres. Llovía tanto que, más que en coche, parecía que íbamos en piragua. El otoño es muy húmedo aquí en Moonville. Así se llama el pueblo donde vivo ahora. Está rodeado de bosques llenos de mágicas y extrañas criaturas. Aunque ninguna tan extraña como mis padres... ¡ni tan cabezota!

—Jo —repetía yo, pegando botes en mi asiento—. Pero ¿por qué no me dejáis dar una fiesta?

—¡Qué manía, Anna! —resopló otra vez mi padre—. Si antes nunca querías celebrar Halloween...

Ya, pero eso era porque antes vivíamos en



la ciudad. Y porque aún no sabía que era una bruja.

Ah, ¿se me había olvidado decir que soy una bruja? Pues ¡sorpresa!, soy una bruja. Aunque es un secreto que ni siquiera mis padres conocen.

—Eso de Halloween me parece una bobada, hija —añadió mamá.

¿Una bobada? Para los seres mágicos, Halloween es una fecha muy especial. Es la noche en que celebramos nuestros poderes. En Moonville, incluso las personas normales lo festejan. Montan divertidas fiestas que duran hasta medianoche y que llaman «fantasmadas».

Lo único que yo quería era celebrar una gran fantasmada en casa.

—Así os conocerían más vecinos —dije—. E irían a comprar a vuestra pastelería.

No funcionó. La luz de un relámpago iluminó las caras severas de mis padres.

Por desgracia, no tengo en mi diario mágico ningún hechizo para convencer a los adultos cabezotas. Por suerte, tengo un truco para el que no hace falta varita.

Se llama «poner cara de pena» y se hace así:



Y con esa pinta lastimera miré fijamente a papá a través del retrovisor.

—Bueeeno —suspiró él, conmovido—. Dinos qué tenías pensado para tu fiesta.

«¡Viva! —pensé yo—. Voy a pasarlo de miedo con mis amigos.»

Pero resulta que al final solo pasamos miedo a secas.



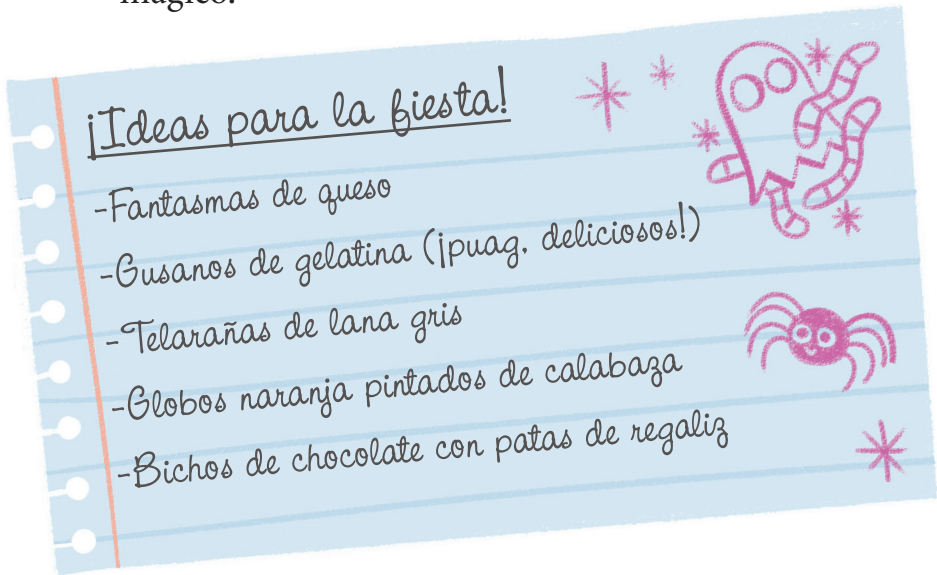
Mis padres solo pusieron tres condiciones para mi fiesta:

La primera, **que tendría que organizarla yo misma**. Ellos estarían demasiado ocupados con los encargos de Halloween de su pastelería.

Bah, pan comido. O, como decimos las brujas, sapo cocido (lo decimos pero no lo cocemos).

Aquella misma noche, tumbada en la cama,

apunté un buen puñado de ideas en mi diario mágico.



Ahora me quedaba lo más importante: elegir un disfraz que diese miedo. ¿De brócoli hervido? No. ¿De examen de geografía! Tampoco. De mi tía Olga, que te persigue por casa para darte unos besos como para desatascar el fregadero... Ay, no, demasiado aterrador.

Cuando más concentrada estaba, algo saltó a mi cama desde el armario.

No te asustes... todavía. Solo era mi gato Cosmo, buscando mimos. Se oculta en mi armario para que no lo descubran mis padres. A veces me gustaría ser como él.

Espera, ¡podría ser como él! O, al menos, disfrazarme de él. No es que Cosmo dé miedo, pero es el gato de una bruja (yo). Además, sería un disfraz barato.



Y es que la segunda condición era... ¡que debía pagar la fiesta con mis ahorros!

—Así sabrás lo que significa tener dinero,
Anna —me animó papá.

Qué va, así sabría lo que significaba NO tenerlo. Y es que, al abrir mi hucha con un golpe de varita, allí no había casi nada. Apenas unas pocas monedas y un solo billete. Y muy pequeño.



Para colmo, los hechizos multiplicadores no funcionan con riquezas. De pronto entendí por qué las brujas de los cuentos visten harapos y no trajes de alta costura.

Por suerte, seguro que mis compañeros
del Club de la Luna Llena querrían ayudarme.
Los reuní al día siguiente en un rincón del patio.
Cada uno llevaba su diario mágico bajo el abrigo.



—¿Una fantasmada? —dijo Ángela Sésamo, entusiasmada—. ¡Me apunto de cabeza!

—Yo tengo un hechizo para hacer luces de colores —comentó Sarah Kazam—. Darán ambiente.

—Yo grabaré ruidos siniestros para asustar a los invitados —siguió Ángela—. Gritos, chirridos de cadenas y aullidos de lobo... A ver, ¿quién tiene un hechizo para conjurar lobos?

Estaba tan nerviosa que le temblaba el sombrero. Sí, es que aquel día había llevado al cole su sombrero mexicano. No me preguntes por qué.

El único que seguía callado era Marcus Pocus. Tenía la vista fija en su diario.

—¿Te encuentras bien, Marcus? —comenté—. No dices ni mu.

—Pe... pe...

No decía ni «mu», pero decía «pe». Qué raro.

—¿Pepe? —repetí.

—¡Pe... perfectamente! —exclamó al fin.



Sin embargo, hasta sus ojos color verde sapo estaban apagados. Aquel día parecían verde acelga.

—¿Es que no te apetece una fiesta?

—preguntó Sarah.

—Co... co...

—¿Coco?

—¡Có... cómo no me va a apetecer!

—terminó, forzando una sonrisa como el teclado de un piano.

Íbamos a seguir preguntándole cuando Ángela nos interrumpió.

—Cuidado, brujipanda —dijo en un susurro—. Que se acerca Oliver.

Menos mal que nuestros diarios están protegidos con un embrujo reversible. Al abrirlos con fuerza por la página 111, se despliegan y se dan la vuelta como un calcetín. Y por el otro lado aparentan ser simples libros de texto. Eso sí que es un buen disfraz.

—Vaya, vaya —oí a mi espalda—. Los cuatro amiguitos juntos. ¿Qué hacéis por aquí?